mo país lo expresara, y sostenían que no podía llegarse á este estado por medio de presión alguna, cual sería la de una intervención europea.

Lo que en esta materia se publicaba en Europa, venía á levantar tormenta en los Estados-Unidos del Norte, sostenedores de la doctrina Monroe, contraria á toda intervención europea en las Américas, brotando de la prensa norte-americana amenazas muy claras y significativas, consejos de expediciones filibusteras y sobre armamentos y reclamaciones á las potencias occidentales de Europa.

La prensa española afirmaba que la raza latina se consideraba obligada, en su misión, á no dejar abandonados los intereses comerciales, políticos y sociales de México á merced de otra raza; la latino-española se había extendido por el Nuevo Mundo y no podía olvidar los grandes hechos aquí consumados por ella, considerábase comprometida á intervenir en la misión de la raza hispano-americana, ¿ó ya esta raza y la indígena estaban destinadas á perecer?

La Europa, que por un pretexto cualquiera inundaba sus campos en lagos de sangre, no tenía ni una mirada para la América, el porvenir del Mundo, donde un pueblo nacido ayer y ya poderoso, extendía francamente sus brazos para adueñarse de los istmos de Panamá y de Tehuantepec. La Nación americana se desenvolvía, propagaba y llevaba su dominio sobre el Nuevo-Mundo, progresiva é indefinidamente. Propagandista y naturalmente invasora, dominaría el nuevo continente apoderándose de esas dos gargantas, lo haría suyo por medio del comercio, la navegación y la política.

Estimulaban los monarquistas á la Europa á intervenir en los asuntos de México, asegurando que aquella no conocía enteramente los recursos hispano-americanos; ni los viajeros, ni los naturalistas, ni el mismo Humboldt habían podido reseñar los prodigios de riquezas tan variadas, y de tan distintos géneros que nuestro país contiene, ofreciendo como prueba la inesperada riqueza de California; riquísimas cordilleras en las que estaban las minas que derramaban millones de pesos sobre Europa, extensos valles en los que las semillas producen ciento por uno, arboledas inmensas coronando las cordilleras, y todo esto ceñido por dos mares ¿no ofrecían grande porvenir y atractivo para ambos mundos? ¿no merecían llamar la atención de los políticos europeos, esas regiones hermosísimas, aun vírgenes, desconocidas como antes de su descubrimiento y cuyos destinos para con Europa, aun no estaban definitivamente cumplidos? Exigía no abandonar la Europa á México, para el ensanche del comercio que lleva en sí el desarrollo de la civilización, y para ocupar la actividad de los espíritus; ¿no era más repugnante la idea de que todo el continente americano tuviese un solo dueño, á la de que estuviese repartido entre las diversas nacionalidades europeas? La unión política de México con la Europa por medio de España, considerábase como natural condición de vida propia para estas regiones, olvidadas, desconocidas, aun hasta de los europeos, estado que ya no podía durar impunemente por mucho tiempo. Tales eran los argumentos con que la prensa española, impulsada por agentes mexicanos del partido reaccionario, procuraba llevar á cabo el pensamiento de una intervención en México.

CAPÍTULO NOVENO.

Horas de crisis.—Coaliciones.—Difícil situación de Comonfort.—Es adicionado el plan de Tacubaya.—Triunfa el partido reaccionario.—Fermento de las pasiones.—El cuerpo diplomático reconoce á la reacción.—Se anulan las leyes de Reforma.—Zuloaga exige á Veracruz los fondos de las convenciones.—Batalla de Salamanca.—Trabajos de los monarquistas y santanistas.—Actitud de Veracruz.—Juárez en Guadalajara.—Se retira al Manzanillo.—Miramón entra á Guadalajara.—Termina la coalición liberal.—Reclamaciones de adjudicatarios extranjeros.—Juárez llega á Veracruz.—Miramón derrota á los fronterizos.—Préstamo forzoso.—Disgusto con las legaciones extranjeras.—Intervención de M. Gabriac.—Oposición de Mr. Forsyth.—Fusilamientos en Zacatecas.—Trabajos de los monarquistas.—Se formalizan otros para un protectorado norte-americano.—Aspecto sanguinario de la revolución.—Ley de conspiradores.—Batalla de Ahualulco.—Se extiende la revolución.—Derrota de Casanova.—Ataque á la capital.—Llegan las escuadras española y francesa á las aguas de México.—Gabriac exige el pago de las convenciones al gobierno de Veracruz.—Convenciones Dounlop y Penaud.

El año de 1858 se presentó para México, sombrío y rodeado de nubes amenazadoras con la revolución que nos trajo tantos infortunios y tan grandes pérdidas, revolución notabilísima en seguida de la cual vino la Intervención europea. La Nación estaba en las horas solemnes de una gran crisis que iba á resolver su porvenir, parecía desmoronarse bajo la acción de la anarquía, sin que el gobierno abrigase ni la más remota esperanza de sobreponerse al desorden. Las vacilaciones que abrumaban el ánimo de Comonfort, le obligaron á una quietud que hacía contraste con el movimiento que se efectuaba en su derredor; se le desertaban las fuerzas, se le escaseaban los recursos que tomaban sus enemigos, y faltándole la convicción en lo que hacía, todo estaba en el mayor desconcierto y confusión; pensó marchar al Interior para destruir la coalición; pero él había aprendido hacía tiempo, que no se destruyen las ideas con las armas.

Un cantón de tropas fué formado por D. Manuel Doblado en Celaya, y para hacerse de recursos ocupó los fondos de Minería. Comenzaron los ataques por todas partes, en tanto que el general Parrodi pedía á los Estados que enviaran representantes á la capital de Jalisco, para organizar el sostenimiento de la Constitución de 1857, y se trató de que los Estados de Oriente y los fronterizos formaran otras coaliciones, poniéndose de acuerdo solamente para nombrar general en jefe como una necesidad para el buen resultado de las operaciones militares. Se arregló que desde que se presentara el Sr. Juárez, fuese reconocido como Presidente de la República, con arreglo á la Constitución, dándole amplias facultades; esta declaración retardó algunos días la libertad del Presidente de la Suprema Corte.

Faltando dinero no se podían cubrir las atenciones públicas, estaba abandonado el despacho de los negocios cuando más urgente era poner en movimiento la máquina política; el Consejo dijo á Comonfort que no se le ocurría la manera de salvar la situación, y algunos de los que lo componían le manifestaron, que no quedaba otro recurso que una franca abjuración y un cambio completo de política.

En las felicitaciones de año nuevo, se notó la ausencia del ministro inglés. La posición en que se encontraba Comonfort no podía ser más grave, no consideraba

conveniente ni político renegar de los principios de Ayutla y abrigaba la esperanza de salir airoso creyendo en la lealtad de las tropas, á cuyos jefes consideraba firmes sostenedores de su persona. Confiaba más en el general Zuloaga, á quien había librado en el Sur de los padecimientos del cautiverio y aun de la muerte, y después le había colmado de atenciones haciéndole su mejor amigo; por su parte Zuloaga manifestaba públicamente su agradecimiento y llamaba á Comonfort su hermano. ¿Con tales antecedentes podría dudarse de que había entre ambos amistad sincera?

En el Ayuntamiento de México presentó un dictamen el síndico D. Alejandro Arango y Escandón, apoyando la solicitud hecha por los empleados que fueron separados de sus destinos por no haber jurado la Constitución, y se fundaban para volver á sus empleos, en que el mismo Comonfort había declarado que el código de 57 no representaba la voluntad nacional. También se pidió la derogación de la ley Lerdo. Emisarios de los mismos que habían empujado á Comonfort á dar el golpe de Estado, cruzaban la República, induciendo á los que habían aceptado el plan de Tacubaya á que se rectractaran porque, decían, la situación estaba enteramente entregada á los reaccionarios. De aquí que se despronunciara Veracruz, y en Perote proclamara el jefe Trejo la Constitución.

Al saber esto Comonfort, reunió una junta de generales que ofrecieron seguir reconociéndole y unirse á su suerte, facultándole para entrar en arreglos con los Estados y aun para reformar el plan de Tacubaya. Lo que pasaba era inaudito: hasta entonces se habían pronunciado nuestros hombres públicos cada dos, tres ó más años; pero en esta vez se vió que algunos, en diez y seis días, sostuvieron los principios políticos más opuestos entre sí, y volvían la espalda á los que hacía poco aceptaban como amigos.

Comonfort también resolvió retroceder, al observar que lo abandonaban aquellos con quienes contaba y así acabó de desprestigiarse. La prensa conservadora llamaba opinión pública á los pronunciamientos contra la Constitución, y calificaba de motines y farsas el proceder de los Estados que habían reasumido su soberanía. Cuando "El Heraldo" aconsejó al Presidente que se despronunciara, no lo combatió el "Periódico oficial," y este silencio llamó mucho la atención.

En esos días acababan de interrumpirse las relaciones con la Gran Bretaña y se empeoraban con Francia. Las ciudades ocupadas por los nuevos reaccionarios sufrían la leva y los préstamos forzosos. El general Parrodi se movió de Guadalajara rumbo al Bajío y por todas partes circulaban las proclamas de Huerta y Arteaga, los manifiestos de Degollado y La Llave, y los decretos de Doblado. Este y Parrodi habían manifestado públicamente, que era preciso reformar la Constitución pues con ella no era posible gobernar; pero no querían que el código desapareciera, según pretendían los sostenedores del plan de Tacubaya.

El ministro Payno dejó su puesto al notar el triste resultado de su obra y nadie se prestaba para formar un gabinete que aparecía moribundo al nacer. Comonfort citaba juntas en palacio para consultar las medidas que exigía la situación y llegó á proponer que marcharía contra los coaligados. Vidaurri también se declaró contra el movimiento de Tacubaya y los gobernadores del Interior no quisieron atender á la proposición del Sr. Ajuria, relativa á reunirse y tratar acerca de la reconciliación de los partidos. Para hacerse de recursos impuso D. Santos Degollado un préstamo de cien mil pesos al clero de Morelia, de cuya ciudad salieron tropas para unirse á las de Guadalajara y Guanajuato.

Los antiguos reaccionarios que no se quisieron fundir con los nuevos, continuaron sus correrías, Mejía ocupó á Zimapam y exigía préstamos; Moreno y José M. Cobos hostilizaban las poblaciones del Estado de Oaxaca; las fuerzas de Toluca eran derrotadas en Calimaya, y Puebla era atacada por Marcelino Cobos. El general Negrete, adherido al *plan* se despronunció en Santa Ana Chiautémpam, causando esto grande alarma en Puebla; por todas partes se verificaban depredaciones y el desorden crecía á un grado espantoso. Las fuerzas de Alatriste con las de Negrete y las tlaxcaltecas se concentraron en la villa de San Juan de los Llanos.

Con lo que había pasado no quedaron contentos ni los moderados, autores del cambio, ni los exaltados, ni los conservadores; tampoco los ciudadanos pacíficos que reciben bien á todos los partidos; disgustaba mucho la vacilación de Comonfort para adoptar una marcha determinada, siendo casual todo lo que ocurría, sin que se resolviera cosa alguna ni la más insignificante. No pudiendo continuar la capital en la situación que guardó cerca de un mes, sucedíanse diariamente las alarmas, ya se aseguraba que Comonfort había reasumido el mando de la guarnición, ya que los santanistas iban á verificar un movimiento. En junta de generales habida en la tarde del 8 de Enero, presidida por Comonfort, le manifestaron el sentimiento que abrigaban de que no se decidiera por ningún extremo y la necesidad que había de adoptar un camino determinado.

Comonfort no quiso decidirse á nada, alegando que en un manifiesto había dicho, que el plan proclamado no era el eco de ninguna facción, ni tendía al triunfo de ningún partido; que el nuevo gobierno había ofrecido llamar á todos los ciudadanos, cualquiera que fuese su opinión política, atendiendo tan sólo á la capacidad, la honradez y el patriotismo. Sostuvo que el nuevo cambio no le haría retroceder en el camino de una prudente y sabia reforma, pues creía sinceramente que el pueblo mexicano debía regirse por principios liberales.

No podía menos que seguir á tales declaraciones un nuevo movimiento político; en efecto, en la mañana del 11 de Enero (1858) lo ejecutó la brigada Zuloaga, al mando del jefe Parra, en sentido reaccionario perfectamente marcado: adicionó el plan de Tacubaya, desconoció á Comonfort y en su lugar fué reconocido Zuloaga, quedando Parra de general en jefe. Al saber Comonfort el pronunciamiento de la brigada Zuloaga, resolvió combatir por las ideas liberales con las pocas fuerzas que le habían quedado, aumentadas con las que de Toluca condujo el general Lamberg y las que llamó de Cuernavaca, Cuautla y Tulancingo; dirigió una arenga á las tropas que reunió en Palacio, asegurando que toda su sangre pertenecía á la causa liberal, y en los combates que sostuvo en las calles de la capital